



Si fuera fácil no sería para nosotros

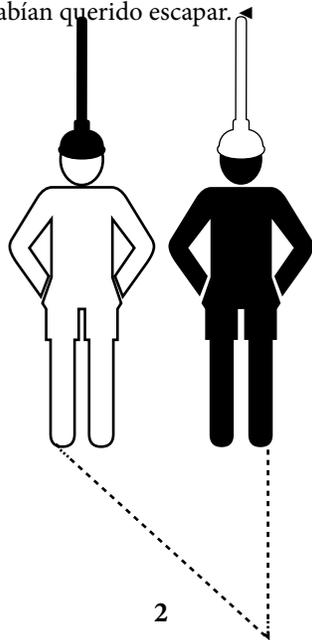
Larvario Habanero

(una modesta clasificación)

Por Optimista Taladro

Comepinga de un filológico extrañamiento.

A esta clase pertenecen los filólogos que durante la carrera (al parecer solo o sobre todo durante la carrera) despreciaron, con asco de feria, a todos aquellos (filólogos o no) que bailaban Reguetón (o lo que animara la fiesta) y que se entregaban con furiosas energías a saltaderas y gozaderas (como los zulúes), con tal de apresar una hembra (como debe de suceder entre zulúes). Mientras los despreciados rendían su culto al Dios del Reguetón (o al de otras potencias, como los zulúes), los que despreciaban, los intelectos puros, los superiores comepingas (digna estatuaria que materializara un sentimiento de perplejidad, un hieratismo perruno), experimentaban el goce, o tal vez el pavor, quién sabe, de un filológico extrañamiento: se mantenían aparte, en la región más comepinga del aire. Y así era siempre en aquellas extrañas fiestas universitarias. Pero luego, unos pocos años después, esas sombras de sombras de las barandas de la Facultad, como si su vuelo hubiese sido interrumpido por una inmerecida depresión o, por el contrario, como si hubieran alcanzado las cimas del más relajado sentido común, aparecían inexplicablemente en un bar, en una fiesta, en un concierto, en cualquier parte... y, con movimientos de "hombre de hojalata" extraviado, con una torpeza que daba a su imagen algo así como un temblor de irrealidad, bailaban, en medio de la borrachera más patética y pedantesca, un Reguetón que creían olvidable. Y aun así, borrachos y vencidos por el alcohol seguían hablando de libros. Se oían palabras como "ensayo", "publicado", "literatura contemporánea", todas ellas cayendo en una mescolanza de las más inesperadas y repulsivas que tenía como fondo precisamente aquella vulgaridad de la cual los comepingas, durante toda su vida de comepingas, habían querido escapar.



Nudos en el pañuelo y otros textos

Por Ernesto Santana

Nudos en el pañuelo

Me dijeron que así no olvidaría: viendo el nudo recordaría ense-
guida aquello que debía recordar por sobre todo. Y hoy mi único
pañuelo es un nudo de nudos de cuyo significado no me acuerdo.

Como otras veces, comienzo por deshacer un nudo. Y entonces es
como si realizara al fin aquello por lo cual hice la marca, y, cuando
el pañuelo queda libre de nudos, estrujado pero leve, lo contemplo
un rato sobre mi mano con cierta inquietud, como si fuera un raro
animal que sabe algo que yo no sé y que nunca podrá decirme.

Ahogados

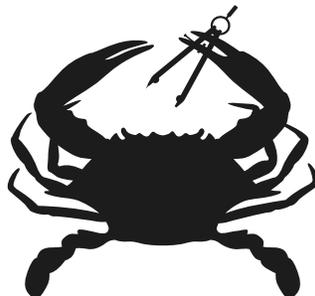
Cada vez que miro el mar recuerdo a los hermanos Pedro y Alberto.
Pedro se fue en un bote y desapareció. Alberto se ahogó comiendo
pescado.

Lágrimas

Nos pasábamos horas enteras llorando. Como me fascinaba verla
sollozar, ella derramaba interminables lágrimas. Al rato, yo siem-
pre me animaba y lloraba también.

Mil veces nos sorprendió la luz del día mientras gemíamos sin
consuelo, ovillados en el hueco de un abrazo, empapados en un
solo llanto, temblando de debilidad, secos por dentro e incapaces
de detenernos.

En el fondo nos quemaba la gran duda de la noche siguiente. ¿Se-
ría aquella la última jornada de nuestra dicha? ¿Podríamos llorar la
próxima noche aunque sólo fuera durante unos minutos?



En aquel momento, los rayos del sol entraban por la ventana como agujas ardientes que intentaran incendiar la casa y hacer que saliéramos y nos entregáramos a quién sabe qué enemigo.

Y la próxima lágrima parecía un anhelo imposible.

Manuscrito encontrado en una botella

Para Blas Fláminor, cuando jugaba con las palabras en su soledad, el mundo era una luz contra un muro que tiene los cimientos en la eternidad y el borde en la nada. Cuando uno cree ser una sombra contra esta cara del muro, en verdad se halla del otro lado.

En cuanto a las demás personas, fueron siempre los sitiadores de una fortaleza que Blas defendió frenéticamente hasta darse cuenta de que estaba salvaguardando algo que nadie le disputaba.

Y ocurrió que un día encontró, entre muebles inservibles y trastos de todo tipo, una botella vacía y no obstante bien cerrada, de un modelo que no se fabricaba desde hacía veinte años por lo menos. Iba a dejarla allí cuando vio el papel.

Pudo extraerlo con mucha dificultad y gracias a su abrecartas de hueso. En alguna remota ocasión el papel estuvo húmedo y la letra fue nítida. Pero aun así las palabras resultaban legibles: Te amo, Blas, aunque eres tan peculiar (por decirlo de algún modo), porque estoy segura de que no hay un corazón como el tuyo. A veces pienso que me alegra haber nacido porque tú vives y me has enseñado qué son el amor, la verdad y la belleza. Eternamente tuya, Mara.

Aquellas palabras, que de otro modo le hubieran sonado ridículas, provocaron ahora en él una emoción más intensa cuanto más las releía. Y en los días siguientes no pensó en ninguna otra cosa, ni siquiera en soledad, y olvidó sus divagaciones sobre el mundo, el hombre y las caras del muro.

Pero no pudo rememorar el más simple rasgo del rostro de Mara ni evocar un solo recuerdo suyo.

Encima II (Auras sobre el Obelisco al que llaman Raspadura)

No me preguntes, que no sé. ¿Cómo saber qué es lo que hay muerto allá arriba? Algo muy enorme debe ser: algo perenne y perfectamente podrido. Y día tras día igual de enorme. Y acaso hasta creciendo y creciendo. Y esos pájaros carroñeros lo saben. Y no nos dicen nada.

Sargazos

Estábamos llegando al mar.

Veníamos cayendo desde un cielo alto y borrascoso, y creíamos por eso que estábamos llegando al mar cuando sólo nos precipitábamos en él como dos piedras. Te sentaste lejos de la orilla.

Horas atrás, sólo al salir a la calle me di cuenta de que hacía frío, pero no tenía tiempo que perder regresando a buscar el abrigo, y quince minutos después, de todos modos, ya no sentía frío alguno. Ni sentía nada. Era un cuerpo exhausto sobre los tibios sargazos de una playa, adivinando entre los espejismos del sol y de la sal restos de desas-

tres, botellas sin manuscritos, plumas de aves sacrificadas a algún dios cruel, tablas con números, huesos, cordeles con algas embrolladas como cabelleras.

Cosas que habían sido arrastradas por las olas y las mareas desde un mar profundo, tenebroso, y creían haber llegado a tierra cuando sólo yacían entre sargazos.

Confesión del alfil

Finalmente, debo agradecer tantos azares oportunos, tantas aventuras diagonales sobre estos losanges que arrebatan del caos un pequeño rincón.

A veces, sin embargo, dudo demasiado y mi memoria despliega bosques donde únicamente soy un espectro más. Imagino precipicios guardados por águilas lunares que estallan en mitad del aire y me dejan ver, así, cuán enormes son los acantilados y preguntarme de qué lado está el infierno.

Esperanzado, persigo el aroma de un mundo extendido a una cuadrícula de mi corazón y a una hora de mi sombra, justo allí donde el Rey, fatigado bajo el peso de su corona, mira cómo la Dama, todavía doncella y batallando aún, no acierta a encontrar un sitio apropiado para caer abatida.

¡Ah Bellatrix, cuán luctuoso este juego que ha hecho tan larga tu agonía! ¡Cuánto has demorado en alcanzar el descanso con nosotros!

América

No existen Eldorados, mas ¿qué importa?

Por momentos en el cielo parece que no hay cielo y que jamás lo hubo, que hay sólo la palabra cielo escrita innumerables veces en el vacío.

En ocasiones, debajo, no aparece la tierra sino la palabra tierra escrita cien veces contra la nada.

Por otra parte, si existieran Eldorados, ¿qué importa?

Fiesta en el huevo

El nombre de la máquina inverosímil podría ser, digamos, la Antigua Esperanza, pues la tentación, como el dolor, no puede cambiar mucho. Y ya en el primer acto ella lo escribe, absolutamente claro e ilegible, sobre el espejo cóncavo del cielo.

El alivio es sólo la máquina que ataca desesperadamente, por fin desnuda y verosímil, con torvo entusiasmo, por no detenerse hasta labrar su empeño sobre el convexo y turbio espejo de la tierra, sabiendo que ella y nosotros somos únicamente distintas coagulaciones de la misma sustancia, un poco en la febril noche de uranio, otro poco en el plomizo mediodía de la razón, cazando cada cual en el bosque del otro.

Y todo por una burbuja, por el lugar cero, por un abismo sólido, aunque desde adentro ese huevo es espejo y nada más, porque sólo después nace el fantasma que no se refleja y aparece por fin el rostro.

Ese pájaro en mano.

En la historia de la república

Mientras los otros se ocupaban de sus aburridos asuntos, las metrices se apoderaron del gobierno.

Eso cuentan.

Pero en el fondo pudiera ser otra mentira más. La prensa y la televisión alimentaron demasiado el gran espectáculo.

Para muchos, no obstante, jamás habrá distancia suficiente entre ellas y el trono.

Otros piensan que simplemente ciertos poderosos se vendieron a ciertas ramerías quienes, pese a sus nombres brillantes, tenían sombrías intenciones.

De cualquier manera, ¿quién se atrevería a negar que aquel gobierno fue insólito sobre todo por la manera de repartir el poder, en lo que pusieron ellas un vigor verdaderamente copulativo?

No hubo el menor intento de dictadura, como tampoco ningún cargo ministerial vacante. Ni siquiera el de la guerra. Nadie podría decir que no quisieron echar a andar la Maquinaria del Dominio. En definitiva, resultó ser un gobierno tan asombrosamente apacible como breve.

Las rebeldes fueron detenidas, desnudas todas, por los magistrados incapaces de dormir en paz lejos de los ministerios, y se ordenó encerrarlas en un enorme zepelín negro, color de las mujeres de la calle y de los hombres de alto rango, que partió volando contra el viento hacia el Mar de los Sargazos, donde las peligrosísimas conspiradoras recibirían peor muerte que en un desierto.

A la mañana siguiente, restaurado ya el viejo orden, las nubes pasaban, enormes, entre el cielo violáceo y la ciudad nuevamente amodorrada, como un torrente que viniera arrasándolo todo desde el paraíso.

Historia de las puertas

Antes existía una sola puerta y quizás hasta hace apenas un año las demás no eran verdaderas puertas, porque no hacían como el portón grave y fiel, que comunica la casa con el mundo de afuera y a la vez la guarda de él.

Uno podía pasar los demás umbrales indistintamente, pero sólo cruzar el umbral del gran portón tenía un sentido exacto e irrevocable.

A través de él se fueron definitivamente algunos y entraron otros por vez primera. Los que hemos permanecido sabemos que la casa toda respira y se apoya en ese descolorido portón.

No obstante, muchas cosas han cambiado aquí. Si hubo algún primer indicio pasó inadvertido. Las puertas blancas, las otras, las interiores, tímidas antaño, han despertado bruscamente de un largo sueño.

Nadie se dio cuenta de su secreta conjura hasta que se tornaron tan indispensables como la enorme puerta principal.

Hoy, el estruendo de aquéllas llena las habitaciones a cualquier hora aunque no haya nadie, aunque ninguna corriente de aire cruce de un lado a otro.

El mundo de adentro, que antes era uno solo, vasto y fluido, se ha convertido en un absurdo engranaje de pequeños mundos, de pedazos de mundos.

En este instante, sin embargo, hay silencio.

Estoy solo, llueve afuera y el rumor que llega hasta aquí viene con los pies muy secos. Y este silencio es el prelude de un fragor. Las sombras se alargan, los colores se dispersan en matices tentaculares y no puedo permanecer mucho rato en ninguna habitación.

El portón, por supuesto, se halla de espaldas a todo esto. Un leve golpe de viento echa a andar el torvo mecanismo.

Y poco a poco las puertas comienzan a moverse, a empujar de un lado a otro y de uno a otro umbral cada sombra violácea, y aun cada esbozo de oscuridad que las paredes se adelanten a tocar.

Alguien llama a la puerta. Pero no sé a cuál de tantas puertas. El toque hace eco en todas. Y se repite. Se repite.

La isla

Había una vez una isla habitada igualmente por los hijos del día y por los hijos de la noche, de modo que unos consumaban su vigilia en el sueño de los otros.

Laberinto

Nadie recuerda quién hizo construir aquel enorme dédalo que era, además, un calidoscopio en el que nunca se repetían ni las formas ni las combinaciones posibles. Pasillos y recintos se comunicaban a través de puertas móviles que fluían sin cesar, como de azogue.

Y no había manera de saber, siquiera aproximadamente, cómo sería el camino que en cada ocasión habría de conducir al centro del laberinto, donde, según cuentan, el suelo era un espejo immaculado sobre el que habían sido grabadas estas palabras: el suicida corta el nudo que debiera deshacer.

El tenedor de acero

Tenía la cabeza cubierta con una camisa vieja y del rostro sólo se le veía un ojo, media ceja, la parte superior de la nariz y la cicatriz de la llaga que había tenido hasta dos o tres meses atrás, situada en medio de la frente, un centímetro por encima de la línea de las cejas, como si le hubiesen disparado con un revólver a bocajarro; pero la causa de la llaga había sido menos dramática, aunque de todas formas bastante absurda también.

¿Por qué razón una persona normal puede aceptar que le apaguen cinco cigarros en medio de la frente, a un centímetro por encima de las cejas? Cuando alguien le preguntaba, se cubría la cabeza con la camisa, se sentaba en un rincón y no había manera de poder arrancarle una palabra.

—Álber —le dice muy bajo la muchacha que ha venido a sentarse junto a él—, dile a Rónal que te preste una camisa. Y pásate el peine por la cabeza. Si puedes, lávate la cara con jabón. Tú sabes dónde está el baño de arriba. El de aquí está lleno de borrachos babosos.

—Hay tatuajes y tatuajes —le dijo Álber a ella una vez cuando preguntó por esta cicatriz— y tatuajes y tatuajes. Y tatuajes —Y no explicó nada más.

Unos decían que él había dicho que era la marca de Caín porque una vez, cuando niño, había matado a su hermana. ¿No sería a su hermano? Pero lo cierto es que este Caín no ha tenido jamás hermano o hermana. Quizás sea puro masoquismo. Pero a Álber no le gusta ni que le estrechen la mano porque siente asco de todo lo que le roce la piel. Sin embargo —y en fin— mañana lo hallarán con la cara ensangrentada después de haber intentado arrancarse la cicatriz con un tenedor viejo y, días más tarde, tendrá una cicatriz peor que la anterior y terminará dejando la costumbre de cubrirse la cabeza cuando está con sus amigos.

—Me estoy quedando ciego —dirá. Y nadie ya le hizo caso. Y ahora ha intentado pincharse un ojo con el mismo viejo tenedor de acero. Y nadie, en fin, habrá entendido nada.

Misiones de amor

Me enamoré una vez de una muchacha borracha, me enamoré luego de una drogata, me enamoré también de una que se mataba con somníferos y por último me enamoré de una mujer que era la destrucción total, pues se había lanzado de un balcón y, aunque se había salvado, quedó casi inválida. No obstante, conservaba cierto movimiento en las manos, como para cortarse las muñecas en cuanto tuviese una oportunidad.

Mi madre decía que me comprendía, porque, luego de que mi padre se fue para no sé dónde, ella siempre se juntaba con hombres conflictivos, parecidos a las mujeres de las que yo me enamoraba. Pero mi madre intentaba redimirlos. Siempre fracasaba y terminaba llorando y arrepintiéndose de su vana labor. Al cabo de un tiempo, volvía a su misión.

Ella decía que me comprendía, pero yo no podía decir lo mismo. En absoluto.

Zig zig zigzag

Hablador. Su propia elocuencia lo transforma. Sus palabras son como objetos de una naturaleza aparte que no tienen manera de entrar en la naturaleza ordinaria si no es a través de él. Ni siquiera puede reprimir el impulso de otorgarse nombres diferentes, a veces varios en el mismo día, como si fuesen cosas que pueden tenerse, usarse y desecharse sin apelar a norma alguna fuera de la utilidad práctica que les supone.

Denominador. Incluso para él mismo resulta casi siempre imposible explicar la razón por la cual se llama a sí mismo ahora Joaquín y mañana Rolo y pasado mañana Isidoro y más tarde Wicho, Serguéi, Teo o Reginaldo. Con toda seguridad no es el sonido de cada nombre lo que provoca su compulsión, puesto que para él toda música es un alivio mezquino contra el hecho de que toda

palabra muere.

Pero cantador. Que en noches de gente y ron gusta de ponerse junto al de la guitarra y entonar las mil y una canciones que conoce y que no afina mal. Y hasta improvisa si el acompañante es diestro en inusuales secuencias de acordes. Que en horas de hallarse solo canturrea ocurrencias y muchos lo oyen y lo consideran eso que uno llama alma buena.

Fingidor, en fin. Pero ¿qué finge? ¿Y a quién? Aunque cualquiera pudiera darse cuenta de que estaba fingiendo en un momento o en otro, ¿por qué lo ha hecho? Nadie lo consideraba diferente luego de cada vez. Nada cambiaba. Y, sobre todo, nadie cambiaba en la mente de él: todos seguían siendo lo mismos. Y seguirán siéndolo por los siglos de los siglos.

Abominador. Claro, les encanta que nunca me detenga, que me desvanezca siempre, que sea un fantasma tras otro, que no me reconozcan cada vez y que no importe, porque lo único que necesitan es que no me calle.

Cactus a las 6 p.m.

—Sudas como si vinieras de trabajar en una cantera.

—Más o menos.

—He estado pensando desde que te fuiste por la mañana.

—¿Llamó alguien por teléfono?

—No. ¿Por qué?

—Quien sea el que llame ahora, dile que no estoy.

—¡No dejes la camisa ahí! Cuélgala de un perchero y ponla en la ventana. Te lo he dicho mil veces y todavía se te olvida. Así, mira.

—El que debiera ponerse a coger aire en la ventana soy yo. Así, mira.

—Ya no sudas tanto.

—Más o menos. ¿Y qué es lo que estuviste pensando desde por la mañana?

—No sé bien. Me estaba acordando de tu bicicleta negra.

—Tienes tanta memoria. ¿Dices que era negra?

—Con una figurita delante que, según tú, era tu ángel de la guarda.

—¿Qué cocinaste?

—Una sorpresa, pero báñate primero.

—¿De verdad que era negra?

—¿No me lo crees?

—Bueno, quisiera saber qué fue de ella. Uno no debe dejar las cosas regadas por ahí. ¿Por qué me miras así?

—Por nada.

—No sigas pensando en eso. La verdad es que nunca tuve una bicicleta negra. Y, si la tuve, ¿qué se le puede hacer? Las bicicletas no son inmortales.

—Hace tanto calor que tengo decaimiento.

—¡Coge un poco de aire en la ventana! Mira, así. Pero ten cuidado con las macetas, que los cactus tampoco son inmortales.

—Ya me siento mejor. Y no te preocupes, que no estoy embarazada.

—No es eso.

—¿Te vas a bañar con agua fría o caliente?

—Más o menos. ¡Pero, por favor, no sigas pensando en esa pñetera bicicleta!

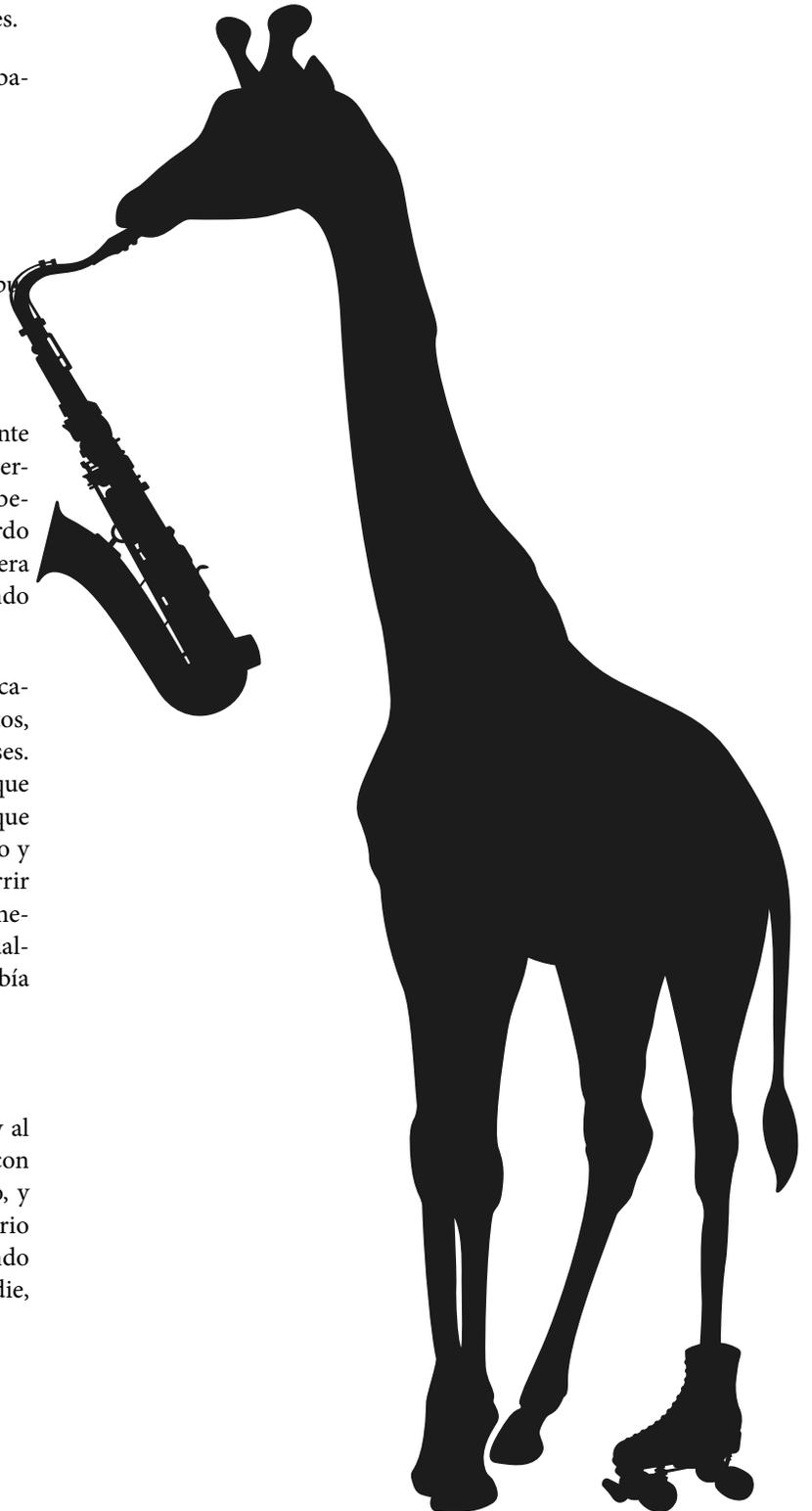
Barberismo

Tuve un barbero al fin. Yo no estaba buscando precisamente un barbero, pero eso fue lo que encontré. Luego no pude hacerle seguir ciertas reglas. En verdad, ¿quién espera que un barbero cumpla regla alguna que no se halle más allá de un acuerdo tácito entre servidor y servido? Sería absurdo que uno le pidiera al barbero, cuando va a afeitarlo, que no lo degüelle, y, cuando va a pelarlo, que no le arranque el cuero cabelludo.

Pues bien, resulta que encontré a un barbero cuando no buscaba a ninguno y que ese hombre no me peló en veinte minutos, ni en veinte horas, ni en veinte días, sino durante varios meses. No sé cómo ocurrió algo tan desatinado, pero lo cierto es que me hallé de pronto sumergido en una situación tan extraña que no pude evitarla: mi barbero me cortaba un poco de cabello y me pedía que regresara al día siguiente, cuando volvía a ocurrir lo mismo. Quizás todo eso no ocurrió a lo largo de varios meses, sino sencillamente en una media hora de una tarde cualquiera. O no ocurrió nada de eso porque en realidad me había degollado y de aquella manera era como yo lo sentía.

Sueño con nada

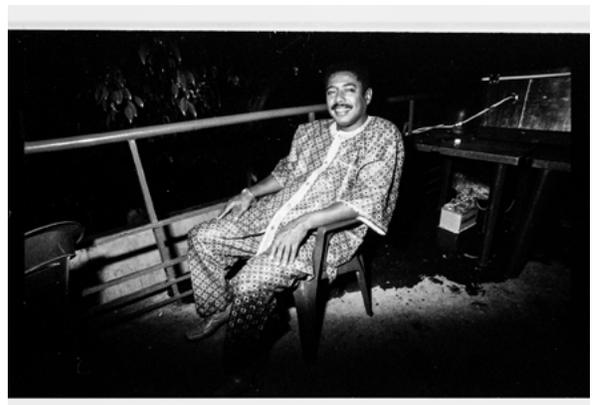
Sueño con nada, un sueño sin nadie y en ningún lugar, y al despertar veo que mi casa ha desaparecido. Sueño otra vez con nada, despierto y ahora es mi calle la que ha desaparecido, y vuelvo a despertar de un sueño en blanco y ya no está mi barrio de toda la vida, y duermo y otra vez sueño con nada y cuando me despierto ya no encuentro la ciudad, no encuentro a nadie, ni siquiera encuentro el mar, no encuentro nada. ◀



Leandro Feal



Su trabajo demuestra que a veces la ciudad (La Habana) te persigue a donde quiera que vayas, y que otras uno se la lleva sin querer, a la fuerza, descubriéndola después de mucho mirar.



Tony Calá



Elvis Manuel



Raychel



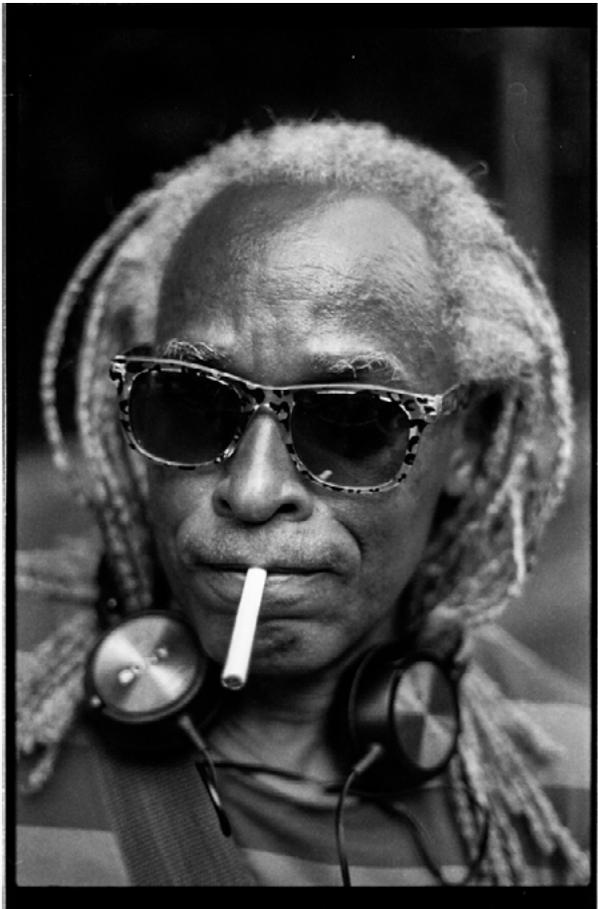
Pánfilo



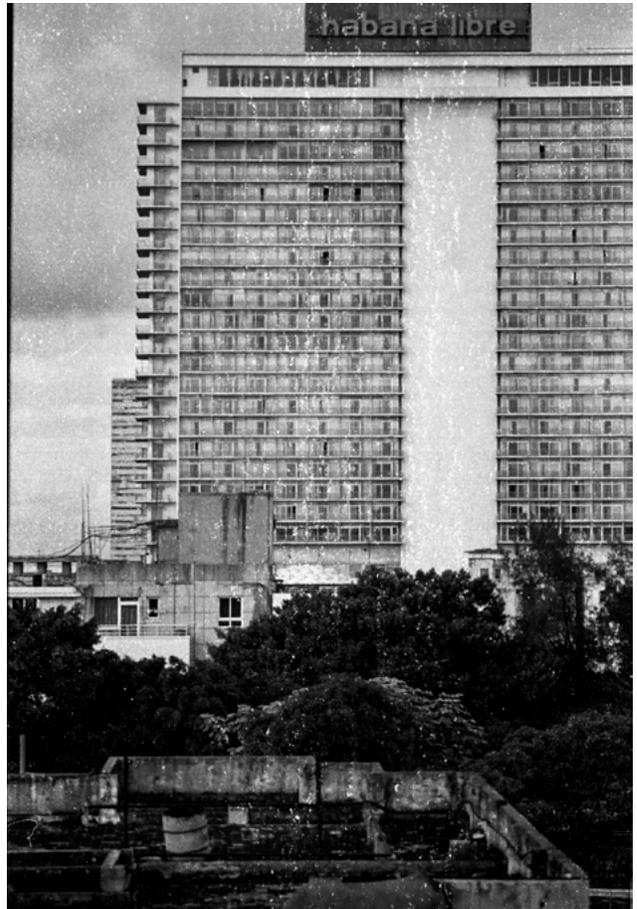
Su Majestad Juana Bacallao



El Tosco

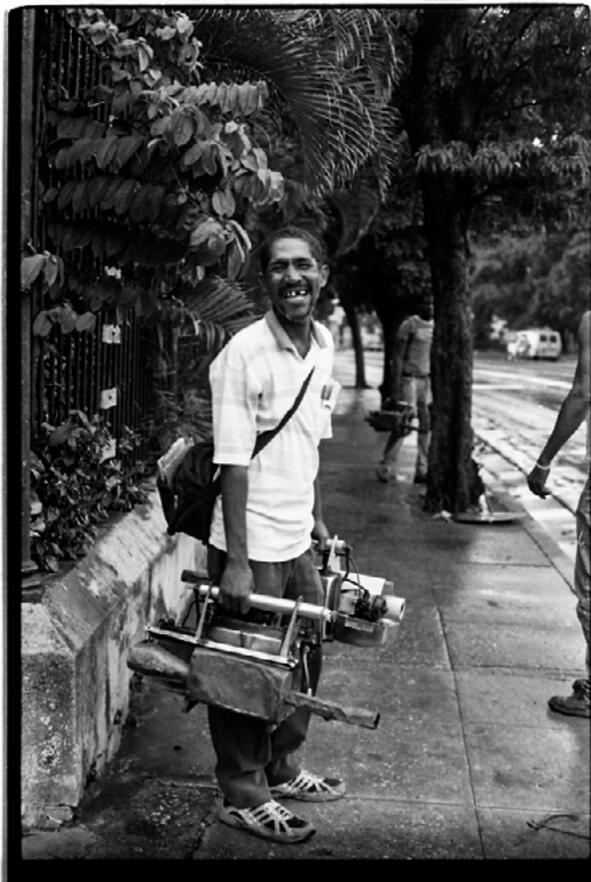


Pupy





Marien







El arte está en *La Cuevita* o en *La Corea**

*San Miguel del Padrón, La Habana.

Diario de un quedado (Fragmentos)

Por Santiago Díaz M. Optimista Taladro

2 de julio

Y sin embargo me he movido... Me muevo, espero, empantano en todo esto, ganar las orillas de ese activo "Lucrar y Laborar" del Rebaño Ausente. Espero como si no esperara, esperando no esperar. Me veo esperar y no esperar. No sé cuánto tiempo gano ni cuánto pierdo, en eso siempre me equivoco; terminé con este Horno Flotante. La Encerrona me ha agotado.

Pienso en el astuto silencio en el que se refugian algunos de esos amigos que vuelven, que ya empezaron a volver, de visiteo, cuando más bien tímidamente (tan tímido y receloso me pongo yo como ellos) hablo de una nueva posibilidad de salida. Un silencio-pal-maditas-en-el-hombro que acompaña el reconocimiento de una específica fatalidad: los bonachones Cambiados saben demasiado bien, desde hace mucho, que se encuentran en la breve y complicada compañía de un quedado. O de alguien que se ha ido quedando, que para ellos, en realidad, ya es lo mismo. Alguien que sería cruel tomarse en serio, pues eso iniciaría una serie de largas y previsible molestias, torcidos favores, graves desvíos del curso de sus laboriosas existencias, en las cuales todo parece cada vez mejor amueblado. Entonces hay que hacer silencio o cambiar de tema, o darle cierto énfasis inesperado a la visita. Antes, al menos, llegaban con sus fáciles alegrías que venían tan solo a hacer mudar de piel una confusa nostalgia, y escuchaban mis delirios de saltillos, dispuestos a ofrecer, con la alegre fricción de su visita, un poco de realidad a mis cada vez más tímidas expectativas. Pero ellos, los Adelantados, ya se han consustanciado con lo Otro, se han alejado cada vez más de este Quejesterio...

Ir quedándose, quedarse... Repetir una y otra vez la fija sonrisa de los quedados... Recontar, recalentar las mismas cosas como si se describiera el agotamiento de todas las trampas de la espera... Aclarar los últimos años o fugas de caracol mediante los lugares comunes de la rabia, ella misma un envejecido lugar común... Mostrar una discreta dignidad de quedado en movimiento, desatado, como el feroz ciclista de los noventa ahora metamorfoseado... Hacer, todos, las pantomimas de siempre...

Y sin embargo, el Horno se ha vaciado (una pájara-ranger como Arenas se nos hubiera reído en la cara si olvidáramos la diferencia entre su circunstancia y la nuestra, todo un festival de salideros), a pesar de esas humillantes complicaciones que, como antes, nos joden la mala paciencia...

3 de julio

Aeropuerto: espacio donde la Cosa se hace más fuerte...

4 de julio

A estas alturas...

"Y tú, ¿por qué no te has ido, a estas alturas?" "¿Qué tú haces todavía en Eso?" "¿No hay una beca por ahí para ti, de las de Europa?" (Hay que apuntar siempre a Europa, esas parsimoniosas universidades dan generosos estipendios, cada vez menos generosos, pero lo suficiente para esperadores tan grotescos como nosotros, y puedes tomarte como diez cervezas todos los días por tres euros; y burlarte de Todo en uno de esos intimidantes y fantásticos supermercados en los que tantos tíos y abuelos han llorado ante un bistec; y montar metros hasta convencerte de que estás ahí mientras redondeas frases en tu enmarañada cabeza y hacer part-time job; y conversar distraídamente con otros distraídos personajes de trato fácil sobre la imbecilidad de las democracias occidentales, y de una Izquierda y una Derecha siempre aburridísimas, fracasadas, y de esa estúpida Nostalgia de la Historia que sienten esos ingenuos muchachones que se dicen de Izquierda mientras abren un Red Bull; y gozar polacas lindísimas que no te exigen nada y solo necesitan un poco de esa cosa tan sorprendente que abunda aquí como el agua hervida: cariño... La llave maestra de tantos jineteros astutos para abrir todas las puertas: cariño, elemento que, acertadamente combinado - en una estrategia implacable que no cede ante nada cuando se trata de efectuar el dramático golpe de comprometer a un rescate-, ha llegado a dispararse como una fuerza cósmica. El más poderoso tentáculo para agarrar a esas lindas personitas, en Cuba como en el mundo. Europa. Hay que olvidarse de este continente sucio, corrupto desde la plata en la raíz de los Andes, siempre aquejado de las más infames violencias y de entusiasmos imbéciles. Cincuenta y cinco millones de latinos hay en Estados Unidos: solo uno, o dos, han leído Nuestra América). "¿No hay una gordita yuma por ahí, de las deprimidas y esperanzadas, enamoradizas y cumplidoras?" "¿Una vieja decentemente devoradora, con la que puedas hablar de literatura de la diáspora?" "¿Alguna vulnerable presa de Facebook que haya caído por Alabama?" "¿Y el matrimonio gay?" "¿Por qué no te casas con un pájaro amigo, uno de esos pájaros capaces de lo sublime, con la vida llena de grandísimos favores por hacer?" "¿No hay nadie, en ese país de reclamados, que se case contigo?" "Y tu familia, ¿piensa que el Reguetón o La novela de Genji te salvaron?" "¿Por qué no te vas a Ecuador, esa nueva Ruta de la Seda?" "¿O a Rusia, un canal siberiano hasta Alaska?" "¿No has averiguado por las becas que está soltando Brasil?" "¿Y alguna Misión inagotada?" "¿Y alimentar canguros en Australia?" "¿Y pasarle paño a las pirámides?" "¿Por qué no asaltas el Museo Napoleónico? Con la muela del Emperador harías vida". "¿No hay

una moto vieja, un carro viejo, una milagrera vitrina que vender en tu familia?” “¿No te sientes como a punto de heredar algo?” “¿Tú sabías que Surinam, hermano país caribeño, originalmente colonia holandesa, no exige visa a cubanos?” “Espantado de todo, ¿no has pensado tirar sogas a México, a sus becas de universidades malandradas –la UNAM ya no quiere a nadie– para luego cruzar el fronterón, como a punto de abrazarte a un cactus o sobornar a unos durísimos coyotes, por encima de todos los Obamas?” “¿Alguna provinciana universidad argentina en la que puedas tolerar a esos insufribles izquierdosos, siempre molestos y checheantes?” “¿Y un bien cuadrado contrato de trabajo, aún para Andorra?” “¿Tú no eras hombre de lanchas tomar?” “¿Te alcanza fe para un Bombo?” “La siempre caritativa Iglesia católica, bien lucida, ¿no ha tendido unos caritativos puentes por los que puedas, sereno entre los viles, cruzar?” “¿No has pensado trabajar para la UNICEF, la UNESCO o alguna mierda medioambientalista, con tal de caer fuera?” “Mal roída en verdad la plataforma insular, como sabía la Tétrica Mofeta, ¿no has considerado buscar un indolente acomodo de grosero, pegarte a alguna momia saludable?” “¿Y adular, con la más acorazada hipocresía, al Artista número Uno de la Plástica, ser un goloso Asistente?” “¿Brillar y salir como intérprete de sordomudo?” “¿Un buen puesto en un Delfinario?” “¿No conoces la Alquimia del CUC, moneda de los Partos y los Escitas?” “¿No habrá un campeonato de filatelia en Holanda al que te puedas agarrar?” “¿Una azotea desde donde puedas cazar algo?” “¿Un congresillo sobre el gallinero latinoamericano?” “¿No has conocido a un catalán fanático para el que puedas escribir panfletos separatistas, allá?” “¿No conoces a nadie en Tenerife?” “¿No hay un grupo japonés de salsa por ahí, de mulatos aplacados y solidarios?” “¿No se te ha dado nada, nada, a estas alturas?”

5 de julio

Esos amigos extraños que no se van, que se quedan, que ponen su vida en el Horno a la altura de lo razonable, que lo han hecho todo con dignidad, que no se quejan... ¿Qué esperan en medio de todo esto? ¿Qué configuración razonable del Desastre? ¿Qué espacios concedidos a la buena voluntad de los Enderezadores? ¿Qué grandes o pequeños duelos darán sentido a su presencia de un valor incomprensible, a su Aguante elevado entonces, entre el ruido de los hechos, a la categoría de fuerza transformadora de lo que muy difícilmente admite transformaciones verdaderas? ¿Quiénes son, hoy, esos amigos, y quiénes serán en unos años? ¿Quiénes seremos todos, dondequiera que estemos?

Por hoy, estos personajes se destacan extrañamente sobre la mayoría rabiosa de los quedados, los que no han ganado salida, los remordidos, los desesperados más dormilones del mundo.

6 de julio

Hoy andaba X con unos noruegos veinteañeros, rubios de rubicunda ingenuidad, preguntones insoportables que hacían toda clase de bobas adivinanzas sobre la ejemplaridad del Horno. Nos repetimos toda la tarde de la manera más desvergonzada, en una conversación que era como una esgrima de sonámbulos. X, gritón

y desmadejado, hacía todo lo posible por engullirlos, por ganárselos a su apatía y, para eso, soltaba sus frasecitas de siempre, aquellas en que la isla aparece en el tercer o cuarto lugar del top ten de lo mejor (el primero lo ocuparía la maravillosa Corea del Norte). Uno de los muchachos, que jamás había conocido un monstruo sarcástico, narcisista, del así llamado Tercer Mundo (eso era X, sin duda, y lo era como un General es un General, como si gobernara la conversación desde un elemento de fácil superioridad), dio un salto por encima de todo lo que había sido sentado hasta el momento por X, y preguntó, más rubio que nunca, “cuántos grados hacía en la isla”. X recibió un duro golpe: había exprimido hasta la última gota sus entrañas para desnudar todo Esto, y aquel buen muchacho había reducido todo a una cuestión de temperatura. El amigo, mordiéndose la boca como un inteligente hotelero ofendido, lo simplificó todo: miró al muchacho como enfriado y dijo: “my friend, it doesn't have to do with temperature, it has to do with a dirtiness feeling”. De esa manera, X, frívolo y quejoso, lo redujo todo a “una sensación de suciedad”.

7 de julio

Uno de los arponeros de la siempre bienvenida Noruega –la Encantada y Fiestera Patrocinadora– es artista. Metido en esa mierda del performance, la intervención y lo-que-sea-que-hace (ignoro esas contemporáneas y cambiantes nomenclaturas). Se le ve muy atento a todo, como para ver qué saca de su “cuban experience”. Hoy habló de filmar diez orgasmos de mulatos para una obra que llevaría este título: “Diez orgasmos en La Habana” (muy influenciada, desde luego, por esas estúpidas orgías que son como gigantes simultáneas organizadas por algunos exitosos artistas contemporáneos que hubieran debido leer a Sade y que, sin embargo, no lo han hecho). Le sonaba bien el número diez, claro. Pero ya al final estaba más por la modesta cantidad de tres... Las putillas se le pusieron exigentes cuando les habló de filmarlas y él mismo ya no estaba seguro de nada cuando empezaron a marearlo de una paladar a otra y a hablarle de “jóvenes artistas cubanos”, los cuales, cuando oyeron las palabras “artista” y “noruego” empezaron a hacer maniobras de acercamiento y auto-presentación como si se tratara del cruce de una Trocha: se acercaban para alejarse y cuando parecía que se habían ido volvían para no irse ya en toda la noche y, probablemente, en toda la vida, fieles a su divisa: “Pégate y vencerás”.

8 de julio

X se fue a pasar el verano a España. Hoy lo dijo B y la noticia nos destrozó. Despertó envidia en nuestras entrañas. Envidia y una enfermiza curiosidad que quería saber cómo había sido posible que X, despreciable en todo, aunque al parecer discreto como un chino, hubiera logrado escapar del Horno Flotante (¿como si salir de aquí tuviera que ver con la lucidez de un lector, una vida bien llevada o una serie de méritos acumulados que se hubieran proyectado desde siempre en la conciencia de los otros y no con el azar, dos o tres circunstancias favorables, un culo y el capricho de algún familiar a quien no le importaría pagar un pasaje después de haber sobornado a los Dioses!). Todos, como un coro de enfermos, gritamos a la vez: “¡Mentira!”

Resulta que X “se hizo” ciudadano español, que es lo mejor que le puede pasar a alguien en esta isla (eso, o llegar a ser ciudadano de cualquier otro país; Haití, por ejemplo, ofrece ciertas posibilidades no del todo desdeñables. Yo mismo, por otra parte, me haría chino si pudiera). Uno de sus abuelos se permitió nacer en España y la familia considera ese hecho como el gran puntal que los sostiene a todos (en esta, como en otras miles de familias, se ha desarrollado una obsesión incurable por todo lo español; en su ansiedad por estar “bien informados” sobre el delicadísimo tema de su salida, los mayores han terminado por entregarse a una curiosa hispanofilia que va desde la rigurosa definición de su árbol genealógico a las distintas clases de chorizo, queso, vino y las interminables discusiones futboleras; todo lo que se asocia con España los absorbe). X –por la generosidad del Gobierno y la Monarquía españoles, por fuerza de la llamada “Ley de la memoria histórica” (según me han contado algunos ignorantes que no quieren fallar en esto), que extiende hasta los nietos (al parecer hasta ahí llegan los escarceos de esa Memoria) el derecho a pertenecer, aunque a posteriori, a la nación en que tuvo su corte el Imperio Más Estúpido que Jamás Haya Existido en el Mundo– recibió, justo antes del verano, el inestimable bien: una bonita ciudadanía española.

9 de julio

Vive desesperado por irse, es uno de esos obsesos que escupen sobre sus días en el Quejistorio, todo un obrero de la partida y parece como cada vez más amarrado a su mundito del Vedado. Como si en realidad no quisiera irse, como si esos Miamis que le han crecido en la cabeza lo hubieran arrinconado, con todos los fantasmitas de una esforzadísima adaptación miamera. Una adaptación de la cual, como a todo el mundo aquí, le han llegado los más fastidiosos testimonios que lo hacen sentirse rezagado como el último quedado de su generación. Adaptación: la palabra misma le resulta grotesca, le suena a cuatro horas de sueño, inmenso papeleo, una pronta y rápida sucesión de pequeños jefes hijos de puta, cordiales y amenazadores, forzados encuentros con personajes a quienes seguramente no volvería a ver y, sobre todo, le suena a una gran soledad. Esa en la que caen los que han sido cercados por un nuevo e implacable enemigo que nunca había conocido y del cual, según todo el mundo decía, nadie escapa: el innoble, el temible Trabajo, el Chupador de Todo el Tiempo, el Poderoso Caballero Humillante, el Padre del Insomnio, el Pagador de las Horas, el Hermanastro del Weekend.

Lo único que ha esperado toda su vida es irse y ahora, a poco del salto, vive en el horror de caer allá, en los ácidos de un revuelto cubano (esa cosa tan enorme y dentada, tan hecha de todo, tan retornante y rebotante, tan resbaladiza e inasible, respecto a la cual somos sociólogos aficionados, exploradores de pie torcido y sentidos siempre vigilantes). Espera como si traicionara su espera, como si, ablandado por una cercana despedida, gozara de su ridículo Vedado, desolado y acartonado, ahora para él una especie de Calle de los Doradores negada por infamante y ruinosa, pero, al final, abrazada y contrapuesta a la falsa amplitud de un mundo que en definitiva se limitaría a Miami, una mera ampliación de la Cosa. Quiere vivir en un presente pasado en el que incomprensiblemente

se buscara otro sabor del Infierno, del mismo Infierno, del único Infierno.

Curioso ese juego de la tercera persona, de proyectarse uno hacia otro que le sirva de espantajo, en una proyección de bajo costo. Son representaciones de sombras, artificios de modelado. La parrafada anterior, por ejemplo, no se refiere a mí, sino a cierto amigo confuso y, aun así, me veo reflejado en ese horror que lo vuelve caricatura, sombra que se alarga sobre los espejos y los días. Yo mismo, que espero salir de aquí con la desesperación de todo un municipio, llevo una vida de cerrazón y rigidez. Como X, tengo por universo dos o tres calles del Vedado, dos o tres lugares y dos o tres amigos a quienes veo con una frecuencia que considero razonable y que tal vez ellos consideran un principio de hemorragia interna. Me rejode la repetición en que mi vida se va desgranando, pero si tengo que desviarme un día más acá, un día más allá, siento como los engranajes de la torpe cosa que soy se desajustan y su funcionamiento se hace extraño, solo por una mínima variación, un mínimo desvío. Cuando no puedo irme a la cancha a dar raquetazos, pienso: “¡Dios mío, hoy no juego!”

10 de julio

En la hermética y sufrida Cafetería había probablemente veinte relojes de pared. Todos funcionaban bien, aunque al parecer no se había pretendido mantenerlos sincronizados. O, después de haber dispuesto cierta optimista sincronización, se perdió esta y vino el desarreglo. Pero este era mínimo: la diferencia de hora entre un reloj y otro, distintos entre sí, era casi inexistente. Se trataba de la diferencia suficiente para provocar un desarreglo suficiente que a su vez provocaba una confusión suficiente. Cuando le pregunté la hora a la muchacha encargada, me miró confundida: en ese lugar nadie sabía la hora.

11 de julio

¿Hay un solo lugar en esta mierda de ciudad, en este bodegón acabado, en este corral de intemperie, en este Rodeo, en el que uno pueda abandonarse tranquilamente a lo mismo, al acomodo dentro de la Encerrona? Cada vez que encontramos algo así como un refugio, una torrecita, algo se jode. La mierda empieza a salpicar. Hoy se nos sentó a la mesa un compañero... ¡Un compañero! Un sonriente y oscuro compañero... Entonces nos dimos cuenta de que el verano había llegado (es una manera de decirlo) y que el compañero era su negra golondrina.

12 de julio

Libros y raquetas: lo único que he pedido a los generosos de afuera. A cada oportunidad, me ponía a hacer listas de libros en mi cabeza, revisaba notas en las que había jugado a esbozar genealogías o ingenuos esquemas emborronados y deshilachados, volvía a páginas marcadas y a lejanos subrayados donde se abrían redes de nuevos autores hasta ese momento desconocidos o vagamente recordados o nuevamente olvidados, me quedaba como fijado a nuevos títulos, separaba los que me gustaban (que luego resultaban ser los más difíciles de encontrar, los complicados, los perdidos, los

fatalmente agotados), atacaba a los amigos, los saqueaba, acudía a las buenas ediciones, que tenían en las últimas páginas la lista de otros títulos publicados en la misma colección, escarbaba aquí y allá, lo revolvió todo, lo revisaba todo otra vez y, cuando ya tenía en claro los dos o tres que más cargados estaban de sentido, lanzaba el disparo, escribía el astuto correo. Algunos amigos me dijeron que se habían reído leyendo esas parrafadas de corrección insolente. Se daban cuenta, divertidísimos, de la desesperación de las transiciones.

13 de julio

¡Y pensar que hay quien tiene que leer a Bolaño para darse cuenta de que Literatura es también escribir sobre mamadas!

14 de julio

Hoy me contaba X, reventando de la risa, que cierto dios de los más elevados tenía a su servicio, en su casón, a una de las mejores brigadas de albañiles de esta felicísima isla. La brigada, una ristra de mulatos cariserios, había trabajado los primeros dos meses de manera ejemplar, recibiendo con auténtico júbilo proletario las palmaditas que el dios, notablemente más relajado cuando se encontraba lejos de las cámaras y las trascendentales reuniones, otorgaba por todas partes como sorprendido de tanto trabajo. Pero al tercer mes aquellos demonios de albañiles se fueron relajando, como quien ya no teme a los dioses. Sucedió a veces que el dios llegaba y veía a tres o cuatro mulatos apartados, gesticulando con un ron en la mano. Entonces los ejemplares proletarios, los más ejemplares, se veían sorprendidos por una embestida de saludos pinchantes y volvían al trabajo en dos saltos, con la vida regañada. O habían salido algunos por “café y cigarros” o todos se tiraban al suelo por “un minuto” de descanso, como servidos en un mismo plato, con lo que aumentaba el alboroto, o se echaban por las esquinas, como brigada vencida. Una mañana el dios notó que faltaban seis mulatos de doce: justo la mitad. No había que ser muy agudo para percibir cierto sentido que parecía insinuarse por sí solo en ausencia tan proporcionada y como se trataba, después de todo, de un dios, hizo lo que en situaciones como esta suelen hacer los dioses: llamó a una reunión. Ahí estaban todos, parados en firme. Hubo confesiones en coro, juramentos, silencios aguantes. Incomprensiblemente, el dios, después de patear un globo que de pronto había aparecido atado a la cabeza de su perro (nunca sabremos si había apuntado al globo o al buen animal) perdonó a los seis ausentes que hubieran jugado una “simultánea” habiendo aceptado, en el mismo tiempo en que trabajaban con él, el dios, “un segundo trabajito”. Recibieron una segunda oportunidad (aunque el expediente ya les sangraba). Esta vez, la brigada recobró su energía de las grandes marchas. Parecía que cobraban por horas, minutos, silencios, abstinencias. Mantuvieron un ritmo ejemplar por otro mes. Al cabo del cual las voluntades empezaron a descoserse y volvió el relajamiento como una hidra desperezada. Los mulatos solo hablaban de mulatas. Y un día, finalmente, el dios se cansó de todo. Llegó, autobiográfico, gritando cojones y salchichas, y sacó a la brigada completa de su casa. “Tantas vueltas para llegar a Jesús expulsando del templo a los fariseos”, me decía X, cayéndose de risa.

15 de julio

X, tirado en un banco de parque, me dijo hace tiempo: “¡Nunca vamos a salir de aquí!” A mí aquello me sonó a epitafio en tiempo verbal equivocado (porque sentía como si desde el flojo y tambaleante andamiaje de mis años, ya lo hubiera visto todo: repetición y cansancio; hubiera debido decir más bien “nunca pudimos salir”). Ahora, cuando vuelvo a ese momento, pienso en aquella cucaracha que una vez vi intentando salir de un urinario mientras recibía las meadas de todo el que pasaba por ahí, alegres, malignas, carnavalescas meadas que la hacían resbalar y caer, una y otra vez, en el mismo agujero burbujeante en que quedaba olvidada de todos, atrapada en su absurdo de un cucarachesco Sísifo. Me parece exacto pensar que la vida de X y la mía, donde mejor ha venido a reflejarse, después de todo, ha sido en la vida de esa diminuta luchadora desaparecida.

16 de julio

Antes, cuando mis únicas preocupaciones eran leer todos los libros y gozar toda la buena carne de La Habana.

17 de julio

Hoy, en medio del bailoteo (confieso que he perreado), me reía de algunas ocurrencias de Sam Weller, el delicioso personaje de Dickens (Pickwick)... Pensaba en cuán secretamente apartado me encontraba de personitas brumosas como X, que me considera un tipo vulgar. Y es evidente que soy vulgar, decididamente vulgar, sobre todo para un punto de vista tan despreciable como el suyo, en cuanto se trata de atacar su mojigatería, su glamouroso provincianismo de bruta de arriba... Nada tiene que ver el glamour con la chirimoya, está claro.

18 de julio

Todo lo que hemos podido intentar y no intentamos. Todo lo perdido. Intentar: el único juego que habría que saber jugar. Aunque sea para nada, para borrar luego lo apenas esbozado, lo apenas iniciado y siempre abandonado, el fingido conocimiento de aquello que hubiéramos querido decir y nuestra voz, tan torpe, no alcanzaba. Lo no dicho. Intentar para olvidar que no intentamos todo lo que pudimos o que en verdad no intentamos nada. Ni siquiera revender los diccionarios. Ni siquiera encontrar otra forma de gravitación en la que los días dibujaran otras figuras, dejaran una más variada ceniza; descubrir que todo no era más que charlatanería de futuro, falso alejamiento de uno mismo. (Es extraño que vuelva atrás ahora con esta mirada lamentosa, después de jactarme hoy ante una especie de poeta galeote, cachorro de sabueso busca premios, de haberme pasado todo el tiempo de los veinte a los treinta leyendo, entre fiesta y fiesta, y conversando, en el más expansivo goce de aclarar la pura nada).

Pienso en X, personita en cuyo talento alguna vez creí: hoy ve series y pornografía, no lee nada y refuta a Proust con Tarantino. Es uno de esos parásitos de cuarto oscuro que no salen de su casa a nada, nos invitan a fumar, para arrastrarnos a su covacha y parecen

ganar tiempo para despreciar nuestras obsesiones. La última vez, hablándome de su franca adicción al porno, me dijo: “Esas perras me han salvado la vida”.

Pero también la televisión le salva la vida. Lo mantiene en su elemento de burlón corrosivo, de náufrago canallesco. “¡Cuánta porquería! –Dice, pasando de un canal a otro con una risita que no se le va, ansioso de mostrar su reino–. ¡Cómo se desesperan por estar ahí, frente a las cámaras, todas esas putillas! ¿Te acuerdas de aquel personaje que se hacía el Inmaculado, el Incorruptible, el que andaba con...? Ahora es perra televisada. Todos son, o aspiran a ser, perras televisadas. Siempre caen. No es un sueño, es verdad, como diría nuestro Pepe. Empiezan tímidos, no confesos, por aquí y por allá, y siempre terminan en algún programucho de esos con la mierda hasta el cuello. Nacieron para darle cierta dignidad a mi asco. Pero estamos bien: tenemos “Animal Planet” y “Todo deportes”.

X ni siquiera se quedó en la isla, se quedó en su cuarto.

19 de julio

Lo acosaba el rumor de sus páginas no escritas. Esa era su “angustia”, la insolencia de sus desgarrones. Ya no escribía o escribía muy poco. Había ido perdiendo cada vez más la voluntad de juntar lo eternamente inconcluso, lo eternamente falso. Decía que no terminaba una sola oración sin miedo, sin el pasmo del aburrimiento, mal borracho, mal deprimido, con una persistente sensación de insuficiencia.

Se le escapaba siempre el momento para traicionarse y decir, escribir algo, cualquier cosa que fuera como la sombra atrapada de la posibilidad de la escritura, que es lo que en definitiva se muestra. Bastaba que se sentara a escribir para que volviera su miedo y el lector matara, en él, al Balbuciente. Y todo, tal vez, por saber demasiado bien cuánto le fascinaba su propio miedo, ese que nadie, por su parte –tan miedosamente, como de sobra sabían algunos de los mejores– se atrevía a confesar. Porque si la escritura –en la superficie, en lo que es– muestra efectos, soluciones, repetición de hilandería, juegos de omisión, oficiosos entrecruzamientos, una especie de legalidad ambivalente del lenguaje y no causas; y se habla de fallos técnicos, de infecciones de estilo, de contextuales mediocridades, de narración deficiente y aburrida, de falta de talento y de aliento, de una insultante pobreza discursiva, de aquello que constituye una objetiva inautenticidad, una objetiva insuficiencia por todos vigilada; si se habla de una disparatada adhesión a un ismo incomprendido y no de miedo, es que permanece –a causa del miedo– todo aquello que nombramos en su lugar, pensó alguna vez dormido el Miedoso Tejedor.

20 de julio

X me cuenta su último safari. Estaba en un cuarto piso, en casa de gente que no conocía y, de pronto, alguien empezó a dar gritos desde la calle. El dueño, metido en la cocina y con las manos sucias, le pidió de favor que le tirara la llave al amigo que llamaba desde abajo. X tiró la llave, y esta, como en una comedia de enredos balconeros, fue a dar en la cabeza del impaciente persona-

je, que enseguida añadió otro grito a los anteriores. Este último, desafiante y vengador. Como si de pronto, X fuera Héctor en lo alto de Troya y el gritón un Aquiles batidor de puertas. El atacado tomó la palabra, o más bien el grito, y se dio a comunicar ciertas cosas que no creyó del todo irrelevantes. Bien plantado, dijo que él era babalao, que si alguien le sacaba sangre de la cabeza, una sola gota –y se palpaba, en busca de su gota de la fortuna–, tenía que pagarle un chivo, que... –mientras hablaba, X, aturdido, sentía como si debiera tirar también su cartera y salir corriendo; se veía ya con ese tipo por toda La Habana enredado en la compra de un chivo– “¿Por qué yo? ¿Qué hice yo para merecer este enredo del chivo?” pensaba el amigo como buen desesperado aficionado, en lo que intentaba hacer un conteo en su cabeza de los mercados donde pudiera comprar ese animal al cual ahora se sentía atado por una especie de cordón invisible, umbilical. Pero ahora recordaba haber escuchado alguna vez que chivos solo los vendían para brujería y carísimos. Ya estaba resignado a pagar lo que fuera para salir de la situación, cuando, en tono inesperadamente suavizado, el ofendido tendió la palma de su mano y dijo, concluyente, que se había salvado (X), que no había salido sangre. X respiró aliviado. Siempre se había mantenido lejos de aquel universo brujo, amurallado en sus sarcasmos y jodederas, buen lector de Chesterton, y ahora había visto cómo su vida, la falsa tranquilidad de su vida, dependía de un chivo. Se despidió y desapareció.

“¿Puedes creerlo? –me dijo–. Este país es una locura. Es como vivir en una feria arrabalera. De pronto tienes que pagar un chivo”.

21 de julio

“¡Y Job tuvo hasta sarna!”, Il Monstruo.

22 de julio

Nació mero compilador, ¿qué le vamos a hacer?

24 de julio

“Creador”: una palabra que detesto. Casi tanto como “poeta”, “artista” o “escritor”. ¿Hay algo más ridículo que esos personajes que se presentan a sí mismos como “poetas”, “artistas” o “escritores”? Es como vivir en una subasta de estafadores payasescos. Saben cómo funciona el juego y enseguida llueven. Se acercan a uno como rodando, se plantan en el centro de algo y, entonces, sucede: se subastan a sí mismos. No hay ironía en nada de eso. Si la hubiera, serían al menos estafadores interesantes: como si les hubiera quedado un último escrúpulo, un último cuidado. Pero la autosubasta tiene sus límites: curiosamente, nadie se subasta a sí mismo como “creador”. Esta benévola marca le es impuesta a tan creadora fauna por críticos y periodistas jornaleros para quienes no saldría el sol si no pudieran referirse a “jóvenes creadores”, “creadores de la pasada década” o a un “excepcional creador de la región agramontina”.

Nadie escapa a la subasta. En el mejor de los casos, cuando no andamos gritando lo que somos, lo que decimos ser, lo que al parecer somos obviamente, ese mundo en una palabra que hemos decidido nos defina –“artistas”, “escritores” o “Djs”: sospecho que la entomo-

logía debe ser interesante— alguien lo hace por nosotros y, cuando sucede, no es muy difícil darse cuenta de que todo nos supera. No importa cuánto de falso o de auténtico haya en todas las clases de subastas o si, en definitiva, no se trata más que de una simple y franca presentación en la que el enunciado debe abarcarlo todo. El hecho es que siempre nos superan potencias estúpidas, situaciones, estructuras, frivolidades inenarrables e ineludibles.

Recuerdo aquella exposición en que una chillona mujercita me preguntó, cuando el último artista acababa de presentarse, “¿qué era yo. Estaba a punto de enfundarme en el camión de “guía de turismo”, pero se me adelantó X, que siempre se adelanta como un subastador sustituto y me presentó como “escritor”. Me sentí como si hubieran escrito mi nombre en los gallineros.

25 de julio

¡Escritor! Yo, que nunca he podido convencerme de ser otra cosa que un gran encaprichado, un aficionado que se dedica rigurosamente a no hacer nada, es decir, a no escribir nada (hasta en eso he vivido esperando).

Aunque tal vez no seamos, todos, más que encaprichados; tal vez lo que consideramos una decisión fundamental que nos ha impulsado en una dirección específica no sea más que un capricho, una indistinta disposición frente a las vulgaridades del azar. Una anécdota que jamás hemos contado, de tan caprichosos y simplísimos que quedamos en ella.

Escritor... Recuerdo los aullidos de X. Estábamos tirados en un banco, hablando de lo mismo, y de pronto se quedó trancado. Pero, ¿tú te lo crees? me preguntó. ¿Creerme qué?, respondí, golpeado por tan extraña pregunta. Lo de escritor, ¿tú te crees eso de escritor? golpeó de nuevo, para rematar: hay que creérselo, hay que creérselo... No sé, respondí, recuperándome del asalto, yo solo escribo de mí y mal; tal vez eso significa que empiezo a creérmelo...

Escritor... Después de todo, ¿por qué no intentar algo que tal vez merezca ser intentado? ¿Por qué no morder ese precio? Afortunadamente uno se cansa de todo, incluso hasta de dudar de sí mismo. Y en algún momento hay que apostar, claro. En algún momento hay que gritar un secreto. Apostar. ¿Y por quién cojones uno va a apostar sino por sí mismo?

27 de julio

Es uno de los cabronazos que más veces han intentado salir de Antigua y Jodida, otro Hundido y Memorioso Campeón de las Mil Lanzadas al mar, el Gran Devuelto de la Noche. La fatalidad, amorosa compañera, nunca se le ha alejado. En el mar parecía impulsarlo, mimarlo. Siempre le fallaba algo. Siempre se le complicaba algo que surgía como una voluta pasajera de humo, una picadura, el efecto de una causa que él podía meterse en sus manazas, hasta que llegaba a agrandarse como una segunda noche dentro de la noche, cercándolo como a un palo seco y haciendo de la estela de su lancha —cola de fuga— tensas redes que lo atrapaban para devolverlo. O quedaba abandonado en la costa, como una mascota

extraviada de las patrullas.

He aquí tres de sus intentos.

El primero: tenía diecisiete años y ya se sentía todo lo jodido que se puede sentir un paterfamilias carbonero. Vendió todo lo que tenía: una bicicleta china; unos hierros de gimnasio que se había robado de un potrero abandonado; el espejo grande de su cuarto; el anacrónico butacón; un sillón de cable; la ropa “traída”; las “botas de chapa” que todos le envidiaban; los “spikes” que un tío de afuera, confundido, dejara en su casa; dos ventiladores (uno de los cuales disparaba las aletas al cabo de dos horas); una batidora y unas patas de rana que se había “encontrado” en un campismo; el video VHS, con dos películas: *Duro de matar* de Bruce Willis, primera parte, y *Soldado universal* de Jean-Claude Van Dame; una grabadora vieja que solo servía de radio (aunque él la cedía con unos casetes de Bon Jovi); una walkman; unos cables de antena; una linterna de batería recargable para los apagones; un “bafle” que un amigo había “cuadrado” en una Casa de Cultura; sus revistas porno; un afiche de Madona; sus guanteras de gimnasio; dos botellas de “baje” (pegamento ya olvidado); un montoncito de piedras siforé, para abrillantar baños y cazuelas; un rollo de alfombra que un primo había “gestionado” en el Habana Libre y que tuvo que ir a vender a Valle Grande, en bicicleta prestada, un día de aguacero y de caminatas bravas por Guanabacoa... En fin, la enumeración agotaría los noventa, la materia erosionada de la pura contingencia.

Trabajó en una carpintería. Robaba aserrín, que vendía a las amas de casa para secar orines de perros, gatos y puercos, y hacía bates de pelota en los que grababa: “Cuba alegre como su sol” para la feria del malecón. Vendió tinas de helado, viviendo dos meses en la maldición de un apurillo que lo ponía a correr por toda La Habana para evitar costosos derretimientos. Disecó peces “guanábana” para extranjeros. Crió pollos, palomas, hansters, hongos y un puerco que le robaron. Pasó noches enteras tirado a la entrada de las embajadas, con la mirada fija en las meadas columnas de la ciudad de las columnas, para vender el primer turno de una cola que parecía levantarse de entre los muertos al salir el sol, llena de sórdidos discutidores. Hizo todo eso. Y cuando llegó a la ridícula cantidad de cinco mil pesos (de la solitaria “moneda nacional”), decidió dar su salto.

Llamó a uno de sus primos, que era su gemelo en la desesperación, y se fueron juntos a esperar una recogida en lancha por un punto de la costa que malamente le habían precisado. Esperaron dos días y dos noches, hasta que apareció la nave y, a su señal, salieron los que estaban en la lista, los salvos. Los primos, confundidos en el grupo, corrieron hasta el gordo que parecía el jefe. El campeón, todo enfangado, pero sin olvidar un solo minuto de toda su desesperación, con toda su mala vida en las pupilas, dijo que él sabía que no estaban en la lista —y señaló al primo para que se supiera de quien hablaba—, que le perdonara la “cañona”, pero que ellos dos —los primos— eran capaces de todo por irse de “esto”, que ahí tenían dinero, que por supuesto lo iban a dar —y se palpaba el pecho con la mano derecha, como si se buscara el dinero o el corazón, en un

gesto de nervio traicionero que parecía significar: “¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Habló de un tirón, como si pidiera permiso a un superior para alcanzar algo que, tal vez, este no hubiera encontrado razonablemente alcanzable para él, pero cuya petición debía al menos escuchar, incluso con una especie de cortesía de bestia. A ver, dijo la bestia, cuánto tienen... Los primos sacaron los cinco grandes tristes. La bestia chilló: “¡Moneda nacional! ¿Qué cojones voy a hacer yo en Miami con eso?” Entonces sucedió una de esas cosas que solo suceden una vez en este país: diez mil dólares fueron olvidados, pisoteados, pulverizados. La bestia, en un momento de salomónica generosidad, en el que debe haber intervenido hasta el calcio de la leche de la lejana abuelita, sentenció: “Bueno, los voy a adelantar. Recojan algo que flote, que van a tener que nadar”. Los dioses les fueron propicios: en dos minutos, los primos encontraron, como si se tratara de buscar en un set del más bajo presupuesto en el que filmaran aventuras costeras, un trozo de blanquísima “poliespuma”. Montaron todos a la lancha. Un poco más allá de la mitad del viaje, lo suficiente como para que los primos se consideraran adelantados, la bestia les dijo que eso era todo, que ahí se bajaban ellos, que estuvieran tranquilos, que iban a llegar. “Tranquilos”, fue lo último que dijo en lo que daba un acelerón. Ahí quedaron esas manchas flotantes, como codornices en alta mar. Bien agarrados al falso leño de salvación, chapoteaban hacia adelante, hacia donde consideraban que era adelante. Pasaron una noche en ese chapoteo casi bíblico. Un poliespuma, decía el campeón a su primo, y pensar que nos ha salvado un poliespuma; el baje nos dio suerte. En la mañana los capturó “la patrulla americana”.

El segundo: otra vez los mangles de una costa perdida, pero ahora tenía encima la mitad del dinero y ya había cuadrado pagar el resto allá con trabajo. Había caído ahí con tres tipejos que lo habían intentado otras veces y que no paraban de hablar, como narradores deportivos. Llegaron un jueves a ese manglar pantanoso. Al principio habían encontrado donde sentarse y hacer una especie de picnic de pantano, confiando en que esa, la primera, sería la noche, pero cuando se oyeron ruidos extraños, los cuatro decidieron enterrarse hasta el pecho entre los mangles. Estuvieron así hasta la mañana del viernes en que salieron todos a comer algo. Nadie había venido. Aquella no había sido la noche. Pero si no había sido aquella, sería la próxima, decían. Volvieron los ruidos y volvieron ellos a su pose de expedicionarios. Pasaron la segunda noche, más dentro que fuera del pantano, y tampoco vino nadie. No hubo lanchas del apocalipsis costero. Los otros se fueron. “Pendejos”, les gritó una cabeza blanca sobre fondo negro. El aguantó, enterrado y con las manos bien agarradas al mangle, hasta la noche del domingo, en que, finalmente, no vino la nave salvadora, sino una patrulla de guardacostas. Tuvieron que sacarlo entre todos, porque los pies, como podridos, no le respondían. Algunos médicos hablaron de amputar. Otros, más pacientes, apelaron a los milagros de una intensa fisioterapia y un tratamiento más general. Se recuperó. Le esperaba una larga carrera en el mar.

El tercero: después de tres meses que se alargaron con madrugones fecundos y noches turbulentas, el campeón y sus dos primos, como una banda de charlatanes veteranos, se reunían en una le-

jana finca de Güira de Melena para trabajar, descamisados, entre silbidos y jodederas, en lo que llamaríamos la invención de una lancha, jaque mate al enemigo mar, a la Cosa. Se trataba de montar un motor cuyas piezas habían sido compradas entre todos y por separado, en un bote cuyo casco había sido sellado por una resina poderosa que llamaban, con cierto tono supersticioso, “vencedora”. La nave era obra perfecta. Colocada en lo elevado de un camión, en el que iban los primos como aqueos amontonados. Cubierta por un manto negro, como cosa sagrada, fue llevada a la costa. La vida es dura, dice Cicerón. Cuando pusieron la nave en el agua, se hundió; tenía el motor rajado. Uno de los primos había puesto la Salvadora hacia abajo, con lo que el motor quedaba a ras de suelo y el camión –ahora lo recordaban– había “cogido un bache”. ¡Un bache! De pronto, una despreciable irregularidad en el terreno los había hundido. Por eso estos singaos dejan esos baches en el camino –dijo uno de los primos, a quien, en ese momento, se le revelaba por primera vez la terrible relación entre lo político y cada piedrecita del mundo–, ¡para jodernos! De pronto, parecía como si aquel bache hubiera cumplido una gloriosa función. La vida de todos esos primos había caído en aquel bache, colmándolo como un charco, como mierda.

28 de julio

Dos citas que últimamente he repetido como un gruñido de portero, casi como si viviera esperando el momento de gruñir: “La vida: ¡erecciones!”, de Flaubert, y “la vida es la busca de lo imposible a través de lo inútil”, de un sociólogo francés citado por Pessoa. Me encantan estas definiciones de la vida, esa totalidad tan oscura, tan total, tan manoseada y, sin embargo, a veces, en perfectas emisiones como estas, tan magníficamente aclarada. Me mantienen en guardia contra las mierdas críticas y teóricas, con todos sus ismos vanidosos y esterilizantes, metido dentro de lo cual nadie jamás llegaría a puntillazos como estos, referidos a algo que ha quedado, por definición, fuera de su competencia y que tan pomposamente, como una mala pasada que nos jugara el siglo diecinueve, aún llamamos vida. Erecciones, la busca de lo imposible a través de lo inútil.

29 de julio

Hoy, en casa de tía C, me quedé parado frente al espejo del cuarto viejo mientras el sudor me corría a chorros por todo el cuerpo. Ese espejo había sido especial para mí de muy niño, cuando la familia iba a reunirse a ese caserón oscuro, como sostenido por la magia de la sonrisa de los viejos. Yo corría hasta el cuarto y cerraba rápido la puerta. No quería que nadie me viera, ni siquiera quería que supieran que estaba ahí, alejado de ellos por un momento. Me parecía que los otros lo veían todo, que la soledad –un buscado alejamiento, un vago deseo de solo ver, de no hacer, de ausentarse en secreto de un centro insuficiente, un nacimiento a la negación–, no era posible o solo lo era si se jugaba a un desafío. Me parecía que todo en ese cuarto esperaba un desciframiento, una mirada como la mía. Todo eso, tan oculto y a la vez tan cerca de la sala, solo esperaba ser verdaderamente visto. Pero el espejo me devolvía a mí mismo, es decir, a un vacío comenzante para el que no había verdadero punto de apoyo, sino únicamente existencia indefinida. Me parecía enemistado, porque al multiplicar los objetos ampliaba el

mundo, redibujaba lo indefinido para asemejarse a sí mismo, oscurecía más su oscuridad, aclaraba más su claridad, y con eso intensificaba el vacío que yo me sentía ser, la suspensión de la que nace esa primera pregunta que acaso no todos se permiten articular.

Pero hoy ese espejo viejo, lleno de manchas, y sin embargo tan paralelizado al tiempo como podría estarlo una pirámide en miniatura, solo reflejaba mis chorros de sudor. Todo entró entonces en relación con ese sudor. Toda mi vida cubierta por chorros de sudor... ¿Qué había hecho ese día? O más bien, ¿qué había hecho toda mi vida? Sudar, echar esos sudores por todas partes, pero, sobre todo, bajo la falsa atención que uno se concede frente al espejo. Me veía sudar hoy como por primera vez, sorprendido de que esa insignificancia de pronto me revelara algo tan enorme: había cruzado ya el Rubicón de los treinta. Mi cuerpo, mi vida cifrada en carne, había sido mal vigilado. Había engordado, no tanto, lo suficiente para sentirme traicionado. Era un mamífero treinteañero que sudaba.

Y estaba también el hecho de que nada en ese cuarto había cambiado. Solo había más polvo. Más sudor de mi parte, y más polvo. Todos esos montones de cosas me hacían pensar en una página soñada de *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, que leí hace tiempo (como un cubanito que casi empezara a leer con el siglo), y en las exasperantes, larguísimas enumeraciones de cosas que llenan páginas enteras de *La vida instrucciones de uso* de Percec, que leí hace poco (como un cubanito enterado de las expandidas relaciones entre *Las mil y una noches* y todo lo demás)... Todos los trastes en sus cajas viejas, polvorientas, como inmovilizados en su trabazón de siempre... Y yo había venido a sudar sobre ese polvo.

Todo seguía ahí, visto y no visto, aclarado y no aclarado, en esa flagrante oscuridad de los objetos. Su humillante silencio como de cómplices...

¿Qué significaban esas cosas para mí? ¿Qué nueva transversal de mi infancia me ocultaban esas viejas latas de cookies, de maltas, de revendidos fogones? ¿Qué enormidad se ocultaba tras las tetas de aquella tremenda Samantha Fox del afiche hipnótico?

Pienso en *Cosmos*, de Gombrowicz, ese poema del género policial, esa broma maestra que acabo de leer y que en los últimos dos



días, como si delirara, he cometido el caprichoso exceso de asociar con todo... Allí las manchas del techo, las piedras más terrosas del camino, la naturaleza vigilante de los patios, las telarañas, las ventanas, los tendidos eléctricos, las sillas, las cucharas, los objetos todos, los bigotes, las manos, las sonrisas, los celos, el deseo, el fantasma de un jefe de oficina, los borrosos caracteres de la lejana infancia, las montañas, los cabellos, en fin, la totalidad de lo trivial que es nuestro cosmos, en una sinfonía como orquestada por la estúpida obsesión detectivesca de dos buscones extraviados, tiene como centro la doble y simétrica muerte de un gorrión y un gato. Todo allí adquiere una perversa significación, reflejo de la violencia que ejerce aquella pobre obsesión sobre la muda resonancia del cosmos, broma sin fin. Los detectivescos fracasados se sienten imantados por la monstruosidad de lo trivial, que de pronto se muestra en un gorrión ahorcado o en la cancioncilla del grotesco paterfamilias. Si no existiera un crimen, habría que inventarlo, si las cosas no significaran nada, habría que hacerlas significar algo, porque así lo visible sería el propio significado. Habría que buscar en todo, leer en todo una peligrosidad, una complicidad original que nos desafía y humilla. Habría incluso que cometer un crimen para intentar comprenderlo todo, no solamente el crimen, aunque luego se haga evidente que ni siquiera eso nos pertenece, porque inmediatamente es oscurecido por todo y no podemos hacer otra cosa que inventar significados y tramas sin sentido, cubrir el cosmos con el velo de la confusión, lo cual viene a ser nuestro crimen fundamental. Si pudiéramos evitar la estupidez de buscar, evitaríamos tal vez la estupidez de encontrar únicamente lo falso, que es justamente todo lo que nuestra mirada ha creado... Y para acabar la broma, para completar el cosmos, el autor se despide: "Hoy en el almuerzo comimos pollo relleno". Nuestro cosmos es nuestro cinismo.

Hoy en la tarde sudé.

30 de julio

Una sopa hecha de cabezas de profesores, ensayistas, críticos y compiladores literarios...

3 de agosto

X me contó cómo un mosquito (un "aedes", abrevió) le había revoloteado cerca hasta venirle encima. Lo vigiló unos minutos, monologando como un cazador a punto de ser alcanzado (parte de ese monólogo a lo Hemingway lo repitió para mí), hasta que finalmente lo aplastó. El combate tuvo lugar tras un tanque de azotea.

Del pez aguja de aquel Nobel cazador, pescador y seguramente recolector, al mosquito de X... Prefiero, por supuesto, el monólogo de X, matador de mosquitos, al de aquel personaje ridículo que escribía de pie, porque probablemente tenía hemorroides.

Otros monólogos de X, matador de mosquitos, bestia de las calles: Monólogo de un jinetero durante la cabilla (gozando a una gordita "nórdica" que se había "ganado" a la carrera por Obispo, X, con el disgusto de dos "lager" que había tenido que pagar y estirar toda la tarde, daba nalgadas regañonas mientras pensaba: "así que

vegan, ¿no? ¿Así que tú eres vegan? ¡Aquí el único vegan soy yo!” y como se iba “calentando” cada vez más, no pudo aguantarse y soltó en franca cabronada de inglés residual, aunque seguro: “¡I’m going to kill you a pinga!”. La gordita, boca abajo y con la mirada fija en una camiseta tirada en el piso en la que, icónico, casi patriarcal, sonreía Bob Marley, preguntaba: “what? what?” y el amigo respondía, penetrando con su arpón a aquella especie de foca blanca sagrada: “¡a pinga, a pinga!”); Monólogo del cabrón burlador de la Ley (X se jactaba de haber burlado a todos los policías y agentes. Cara a cara con uno de esos guardias grandulones, pensó: “tengo treinta y siete años y nunca le he trabajado a Nadie, ¿vas a quemarme tú a mí, a mí que cuando nadie comía bacalao en este país yo me lo buscaba?”); Monólogo del más astuto sobornador, en el que desplegaba su Bagdad de infatigables regateos...

Hay mucho de humor cabaretero, de jodedera repetida en todo eso, pero cuando suelta algo de lo suyo, golpea. Una vez me dijo que nosotros (se refería a dos o tres pobres diablos cargados de libros, que alguna vez había visto en mi grupo, y con los cuales ya me asociaba imborrablemente), cuando leíamos “derretíamos” los libros.

4 de agosto

Las mil vueltas de X en la democrática y jodida Europa... Intentó quedarse en todas partes y de todas partes “las circunstancias” lo expulsaban. Nadie quiere, decía, que le jodan la fiesta. Por donde pasaba, agotaba todas las posibilidades y eran siempre insuficientes. Era ya, en la frustración del primer proyecto –hablaba orgulloosamente en términos de “proyectos”-, un autómatas de la quedada, el exhibicionista de una desesperación mediocre. Escribía a todo el mundo, hacía llamadas, vivía en Facebook, atacaba por todas las vías, intentaba recordar algo que no se le aclaraba, se le acababa el tiempo, se iba de una ciudad a otra, de un país a otro, pero no encontraba nada, no pasaba nada, nadie se mostraba y se sentía cada vez más cerca de “Cubana de aviación”. La familia, como siempre, no estaba; era como la teología. Los amigos, todos, se habían complicado. Mientras él dormía hasta las once de la mañana en la isla, ellos se complicaban. Para el momento en que él lo intentaba, ellos ya se habían complicado. Había cierta justicia en eso, cierta simetría moralizante. Y las ex (la opción de un salvador reciclaje) resultaban estar no menos complicadas que los amigos y la familia en esa cerrada ecuación.

En Madrid cuidó viejos, niños, locos y perros. “Nunca supe si yo los cuidaba a ellos o si, más bien, ellos me cuidaban a mí”, decía, hundido en su anecdotario de personaje devuelto, superado por las trampas de aquellas ingratas democracias...

7 de agosto

Latinos enterrados en París... “Parece que no quisieron abandonar la fiesta, ni muertos. Da la impresión de que uno de los hechos más importantes de su vida, tal vez el más importante, fue quedarse ahí, junto a Baudelaire, Becket, Wilde o Proust, o junto a sus putas... Algunos probablemente ni se lo plantearon, o tal vez ya se veían a sí mismos como animalejos parisinos, como “citoyens” de

un pasado latinoamericano cada vez más borroso y anclado en infancias que ya habían rendido todas sus imágenes. Pero parece que incluso si no hubo frivolidad la hay. Uno percibe cierta frivolidad post-mortem, cierta vanidad de vanidades de cementerio, cierto tufillo como de salón revendido y descompuesto, como de fantasmal fiesta de los muertos del “Barrio latino”, cuando de pronto, en medio de tanto nombre francés en su sitio, encuentra esos persistentes nombres latinos. Es curioso que nunca hayamos hablado de esta clase de ocupación de cementerios. También se le llama emigración”. ◀

‡‡ *Felix Feneon* ‡‡

Novelas en tres líneas

o El esplendoroso censo de la Razón

- *Sin que ninguna de ellas acertara, se han intercambiado seis balas entre el alcalde de Cherburgo y un periodista, en la montaña de Roule.
- *En la calle Rondeaux, Blanche Salmon recibió por dos veces en los flancos los navajazos de Louis Estellin, su amante.
- *Al rascársela con una pistola demasiado floja de seguro, el señor Ed. B...se destrozó la punta de la nariz en la comisaría Vivienne.
- *Un duelo. El pecho de un presidente de los condecorados militares, el señor Arnieux, fue traspasado por tres balas procedentes del revólver del señor Pinguet, de Le Petit Fanal de Orán.
- *El señor Abel Bonnard, vecino de Villeneuve-Saint-Georges, que estaba jugando al billar, se sacó el ojo izquierdo al caer sobre el taco.
- *En el censo, el alcalde de Montirat (Tarn), hinchó las cifras. Este deseo de gobernar un pueblo grande le costó el cese.
- *«Desconfiad del alcohol y los placeres », dijo a la 32ª división el general Privat en la orden del día de su despedida.
- *Radiante, “¡me podría haber caído más!”, exclamó el asesino Lebret, condenado en Ruán a trabajos forzados a perpetuidad.
- *Los huelguistas de Ronchap (Alto Saona) han tirado al agua a un obrero que se empeñaba en trabajar.
- *“Si mi candidato fracasa, me mato”, había declarado el señor Belavoine, vecino de Fresquiennes (Sena Inferior). Se ha matado.
- *Los huelguistas de la fábrica de Dion, en Puteaux, la han invadido, desalojando a los trabajadores. “Solo trabajan los cobardes”, decía su bandera.
- *Demasiado pobre para criarlo, según dijo Triquet, vecino de Théligny (Sarthe), ahogó a su hijo de un mes de edad.
- *F. y M. Altebo, vecinos de Llagonne (Pirineos Orientales) y malos jugadores, mataron con porra y navaja al señor Filian, tal vez tramposo.
- *Derrotando al campeón francés, que tan solo pudo bailar durante catorce horas, el señor Guattero, a las doce y veintisiete de la noche, se proclamó vencedor del concurso de vals.
- *Una venganza. Cerca de Monistrol-d’Allier, los señores Blanc y Boudossier han sido asesinados y desfigurados por los señores Plet, Pascal y Gazanion.
- *La Asociación de Lioneses ofrecía ayer un banquete a algunos pintores de los salones y al prefecto de policía.
- *Un sexagenario, el señor Bone, vecino de Andigné (Sarthe), en estado de embriaguez, había pegado tan fuerte a su criada, que iba a ser procesado. Enojado, se ahorcó.
- *Las pulgas de su vecino Giocolino, que es domador de dichos insectos, acosaban al señor Sauvin. Quiso apoderarse de la caja, y recibió dos balazos.
- *Al saberse abandonado por su mujer, el señor Bassot, vecino de La Garenne-Colombes, trató de asfixiarse con carbón de leña.
- *La hija del guardabosque Wegmuller, vecino de Lescherolles (Sena y Marne), cogió flores, las masticó, y murió envenenada.
- *Cerca de Brioude, un oso estaba asfixiando a un niño. Unos campesinos fusilaron al animal y a punto estuvieron de linchar a su domador.
- *Despedido por la Administración de Caminos, Canales y Puentes, el viejo lavador de bodegas, señor Pajas, ha saltado al Garona, en Burdeos, con un saco de adoquines al cuello.
- *Harold Bauer y Casals dan hoy un concierto en San Sebastian. Además, cabe la posibilidad de que se batan en duelo.
- *El señor Jules Kerzerko presidía una sociedad de gimnasia y sin embargo ha resultado atropellado al saltar a un tranvía, en Rueil.
- *Mil novecientos concursantes de “La Caña de Niort” estaban pescando ayer en el río Sevre, y mil quinientos curiosos animaban a los peces a que picaran.
- *Como juego, Justin Barbier disparaba a cualquier parte con su pistola, en Stains. El techador Jules Courbier recibió un tiro.
- *El italiano Giuseppe Ferrero, que posaba para pintores y vivía en Chaville, en una casa en ruinas, ha sido detenido por sus opiniones políticas.
- *El amor. A. Minecourt, tejedor, alojó una bala en la cabeza de la señorita Fleckenger y se trató con rigor semejante.

Próximos títulos en la RVC

Vidas infames

Una *intelligentsia* vanvanera

Camello

Darwinismo y Tíbiri Tábara

Lezama y la Lezamología

Elogio de un chulo grande de la Habana Vieja

La mulata y la mezclilla

Reflexiones sobre un catre

Un ganado superfluo

El otro ajiaco, el apátrida

El cansancio del guía de turismo

Una alemana profunda

Santiago Díaz M. Optimista Taladro. Sentencioso filodoxo entregado a profundas reflexiones sobre el “female sport”, la pasmadera y todo lo demás. Es autor de Notas para unos cuentos del cansancio.

Julio Llópiz-Casal... un gamo suelto. Seguramente el único “joven valor de la plástica” capaz de asociar en una misma idea a Lezama, Virgilio y Piero Manzoni. Su obra es de lo más auténtico de la isla: no excluye el reggaetón, la política ni lo que vino después de Warhol.

Ernesto Santana. El autor de *Ave y nada* es uno de los poquísimos escritores que no cometen la grosería de hablar solo de libros. Sabe que la literatura, para algunos, es otra cosa y, definitivamente, está en otra parte. Ojalá nos perdone la simpatía, la exaltación.

